

Carlos Rubio

El libro de la Navidad



ilustraron

- Rolando Angulo • Ruth Angulo • Félix Arbuola • Álvaro Borrásé
- Isabel Fargas • Héctor Gamboa • July Herrera • Nela Marín • Ana Luisa Núñez
- Vicky Ramos • Lucy Sánchez • Paúlo Sánchez • Carlos Sossa



Editorial
Costa Rica

Carlos Rubio

El libro de la Navidad

Ilustraron:

Rolando Angulo • Ruth Angulo • Félix Arbuola • Álvaro Borrásé • Isabel Fargas • Héctor Gamboa • July Herrera • Nela Marín • Ana Luisa Núñez • Vicky Ramos • Lucy Sánchez • Paúlo Sánchez • Carlos Sossa



Editorial
Costa Rica

*Este libro pertenece a mis padres,
Vera Marta Torres y Carlos Rubio Vargas,
con quienes descubrí el mayor misterio
de luz y asombro: la Navidad.*

*Los siguientes cuentos también son del Duende
y el pintor Carlos Sossa.*

*Mi agradecimiento para Alexandra Meléndez,
editora de la primera edición;
Alexánder Obonaga,
María Auxiliadora Protti,
quienes creyeron en la segunda edición;
Vicky Ramos, ilustradora de brisas y campanas;
Mario Alberto Marín y Marco Vargas, filólogos
que me han hecho sabias correcciones
y cada uno de los artistas que, generosamente,
me iluminaron en el Nacimiento de las palabras.*

*Hoy les ha nacido en el pueblo de David un salvador,
que es el Mesías, el Señor.
Como señal, encontrarán ustedes al niño envuelto
en pañales y acostado en el establo.*

San Lucas 2: 11-12

*Sobre el cielo esta noche vuela hacia el amanecer
una infinita paloma esta es la blanca hora
de los divinos nacimientos.*

*El aire está cargado de ángeles.
Cantan en lo alto del cielo y las estrellas bajan
a amonestar dulcemente a los hombres.*

*¡Luz para tu camino! -dicen-
¡Coge la estrella que para ti se enciende!*

Isaac Felipe Azofeifa

Introducción

—Contanos un cuento, si es que realmente te sabés tantos -replicó Antonio mientras se acomodaba en su cama,

—Nos prometiste entretenernos por las noches -bostezó Ana abrazando su oso.

—Bueno, vamos poco a poco -murmuró el Espíritu de la Navidad exhalando su olor a ciprés y a cohombro-. No puedo contarles todos los cuentos de una sola vez. Así que tendremos que ir de uno en uno, a partir de hoy, primer día del mes hasta el 24.

—¿Y eso, por qué? -preguntó el niño con inquietud.

—Así nos iremos acercando, poco a poco, a la noche del cumpleaños de Jesús.

El Espíritu de la Navidad había entrado por la ventana. Era un joven que a veces parecía viejo, sin dejar de ser joven nunca. Llevaba un largo manto rojo y una flor de pastora atada al dorado cordel de su cinto.

—Aún me deslumbra que un Dios todopoderoso se haya convertido en niño -suspiró haciendo caer su capa encarnada hasta el suelo-. Con tan solo pensarlo, los hombres y las mujeres, sin importar creencias o edades, sienten que es posible saltar los maravillosos peldaños de la infancia. Y por eso, no dudan en perdonarse entre sí, en renovar sus alegrías y hasta en detener guerras. Ese chiquitín, dormido entre las tibias pajas del pesebre, nos muestra que para llegar a ser sabios y tocar el cielo, debemos hablar el lenguaje de la niñez.

A Ana y Antonio poco le importaban tales reflexiones. Se encontraban deseosos de escuchar el relato antes de

dormir. Justo ahora, en el cuarto no había nadie más que ellos y no se sabía si el Espíritu se presentaba en el curioso escenario de un sueño.

—Algunos cuentos ya han sido narrados desde tiempos antiguos -explicó el visitante-, pues parecen estar escritos en papeles tan amarillos como hojas secas. Y quien lo desee, puede leerlos en evangelios apócrifos y canónicos. Otros se duermen en los labios de los abuelos y se me escapan de las manos, son luciérnagas imposibles de atrapar.

—Está bien, pero empieza de una vez por todas.

—Cuando contar es una fiesta -sonrió el Espíritu-, las palabras se nos convierten en confites para compartir con los demás. Pero, eso sí, solo les daré un cuento por día. Los tengo todos escondidos aquí, en este libro. Miren, antes del inicio de cada relato hay un número que indica el mejor día para contarse. Pero comencemos ahora, cuando anochece temprano y los vientos alisios empujan estrellas por encima de los techos de las casas.

Los niños sostuvieron sus rostros con las manos. Y el ser, recolector de palabras guardadas por los siglos, empezó la primera historia.



Ilustrado por Nela Marín





llos se habían casado veinte años atrás. Sabios y bonachones eran doña Ana y don Joaquín. Todo el mundo los quería, pues nunca les faltaban techo, buen modo y, por lo menos, una tacita de café para los que se arrimaran a su puerta.

La gente los saludaba cuando pasaban por las calles, ya fuera a pie o en carreta. Y aunque la pareja lo disimulaba, bien se sabía que doña Ana y don Joaquín repartían sus riquezas en tres partes iguales: una para quienes no tuvieran ni para comer, otra para sus servidores, y tan solo una tercera parte se la reservaban para ellos mismos. Como ven, no eran buchones ni agarrados, todo lo contrario, sonreían desprendidos y atentos por ayudar siempre al prójimo.

Tan solo había una situación que los entristecía; después de tantos años de matrimonio no lograban tener un hijo. Mucho le habían rogado al Supremo que les mandara un niño para chinear, y mirar crecer sano y fuerte. Pero nada. Pasaban los meses sin que la desdichada de doña Ana sintiera en su estómago el golpecito leve de un bebé. Como ya estaban mayores, se habían hecho a la idea.

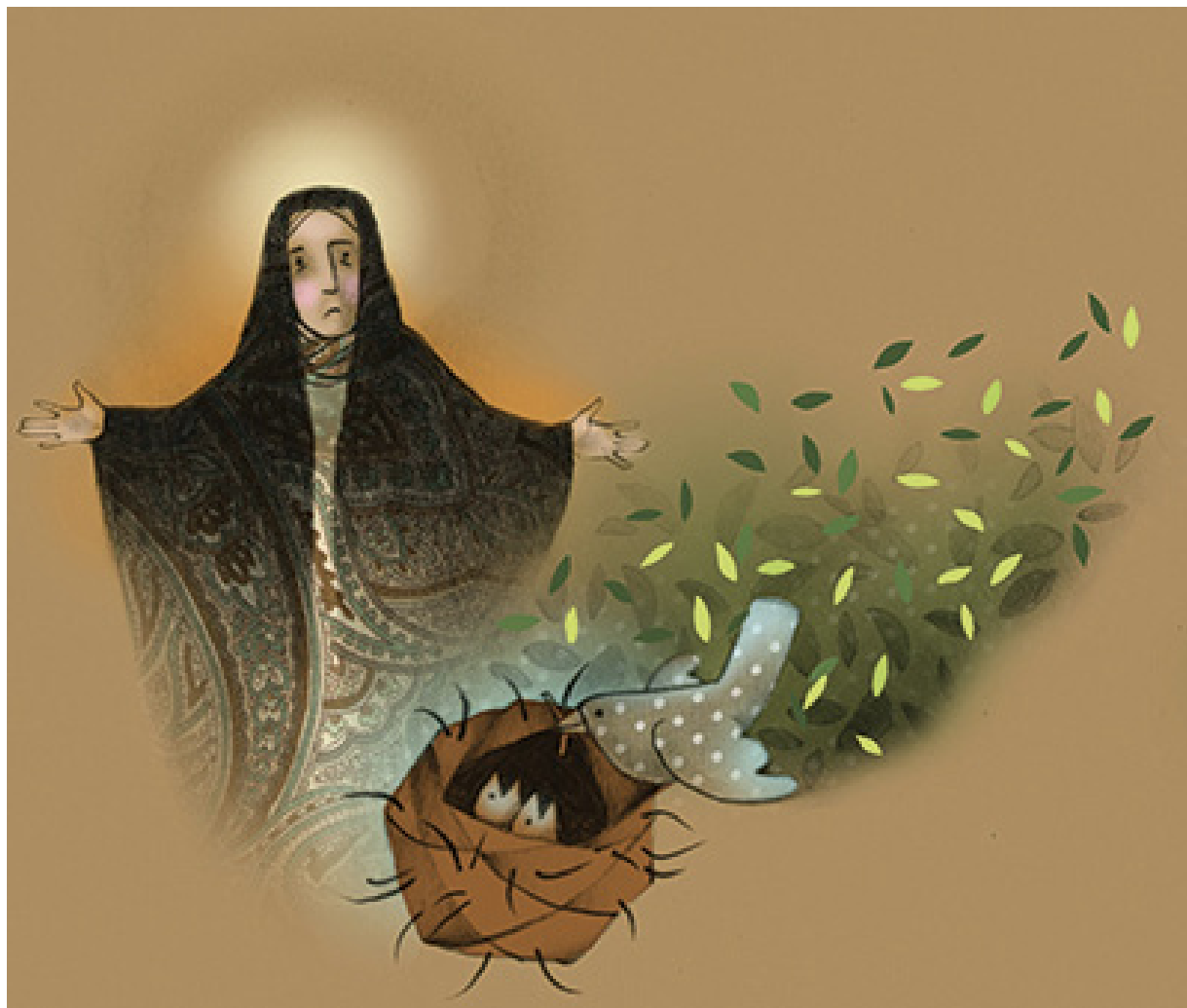
—Nunca vamos a escuchar el lloriqueo de un recién nacido en esta casa.

Así que la cuna permanecía vacía en un cuarto y, al final, terminaron regalándola a una pareja joven que pasó por ahí. No quedaba esperanza. Ni modo, Dios les había deparado felicidad y riqueza, pero como que se había hecho el sordo cuando le hablaron de chupones y mantillas.

Para empeorar las cosas, don Joaquín, hombre bastante devoto, se dirigió una mañana al templo a rendir tributo al buen Dios. Y Rubén, el sacerdote, fue saliéndole con una verdadera conchada.

—¿Cómo se te ocurre, Joaquín, venir por la casa del Señor junto a todos los varones del pueblo? ¿Acaso no te das cuenta? ¡Nos hemos llenado de hijos! En cambio vos...

tantos años casado y ni siquiera un carajillo que te ayude a arriar el ganado.



Don Joaquín se cubrió el rostro con el manto, muerto de vergüenza y salió corriendo, gradas abajo, sin que nadie lo viera.

Cuando estaba en media calle, se dijo a sí mismo:

—Ya se corrió la bola, ni un solo güila. ¡Qué tirada! No tengo cara para ir donde mi esposa. La verdad, no merezco mujer ni casa. Ya sé, me voy a ir bien lejos, donde nadie me pueda encontrar.

Y se fue huyendo por esos caminos, totalmente cubierto por su capa. Anduvo durante el día y la noche, hasta llegar a una de sus tantas fincas. Allí, se metió en un rancho, se hincó y rezó. Sus servidores estaban muy asustados porque el señor casi no comía, y estaba poniéndose flaco como un macarrón, barbudo, canoso y dejado, como si quisiera dedicarse solo a sufrir.

Y en la casa estaba doña Ana muerta del susto, como en esos tiempos no había celular, computadoras, ni ninguno de los aparatos que usa la gente para llamarse cuando está lejos, la mujer no tenía la menor idea sobre dónde se encontraba su marido, y los días pasaban lentamente por encima de ella, y nadie le daba noticia sobre su Joaquín. Y a la semana de no saber nada de él, le dio por pensar que se lo habían matado o estaría sufriendo alguna desgracia.

Y pasados algunos meses, se vistió de negro, como una viuda, se asomó al jardín, que ya estaba seco y descolorido. Se sentó en una banca de piedra, con la nariz roja y los ojos aguados de tanto llorar y vio para el cielo. Fijó su vista en una rama de laurel, donde había un nido. Y en ese nido estaban una yigüirra y un yigüirro que daban de comer a sus pichoncillos. Doña Ana se puso otra vez a moquear y exclamó:

No volveré a cantar
sin hijo ni marido.
Sola me voy a quedar
a tejer mi destino.

Larga tela de la soledad,
colores tristes y fríos,
me sentaré a remendar
en el sillón del olvido

¿Dónde estarás, mi Joaquín,
en desierto destino,
en una barca de mar
o en la corriente del río?

Y la yigüirra le contestó:

No llores, doña Ana,
vestite de amarillo.

Tu esposo vendrá pronto
con un ramo de lirios.

Y la señora se asustó de que la pajarilla le hablara. Se acercó un poco más y descubrió a un ángel, con alas esponjosas y traje de organdí, sentado en la rama de laurel. Tan bonito estaba que cualquiera lo habría puesto en andas para llevárselo en procesión. Y el ángel le sonrió:

—No llores, buena señora. Don Joaquín vendrá pronto. Taticas Dios, aunque no parezca, todo lo ve y lo escucha, y le ha puesto mucho cuidado a su oración. En nueve meses te nacerá una niña. Y será amada de generación en generación.



Le pondrás por nombre María, de feria, te regalará el mejor de los nietos.

Doña Ana se llevó las manos a la boca, pues no cabía de la contentera. Y se atrevió a preguntar:

—¿Ya lo sabe mi esposo?

Y el ángel batió sus alas y planeó por encima de ella:

—Anoche mismo lo visité y le dije que no fuera jupón, que se bañara y se arreglara como Dios manda y se viniera para acá.

Doña Ana, que no se cambiaba por nadie, se despidió con una oración y el ángel se llevó esas palabras, como si fueran mariposas entre sus manos. La mujer se perfumó, se

puso su traje de fiesta y se encaminó de prisa hasta la puerta de oro.

Y allá, a lo lejos, por el camino blanco, vio venir a don Joaquín, como un ajito, con un ramo de lirios en la mano.

Todo el pueblo de Israel fue testigo y los esposos se encontraron con regocijo. Así lo cuentan desde hace mucho tiempo y, desde entonces, así está escrito.

2
**Cuento
de la
rama retorcida**



Ilustrado por Isabel Fargas



